

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXVIII

CON LA ESPADA DESENVAINADA
CONTRA JUÁREZ

El resultado de la revuelta contra Juárez en 1871 justificó la prolongada renuencia de Díaz para aceptar el liderazgo contra esas aterradoras probabilidades.

Fue un año desesperado y desastroso para el hombre que estaba a tiempo de transformar a México en la maravilla de América Latina. Quien había mantenido la causa de la independencia mexicana en tantos campos de batalla iba a ser cazado como si fuera un animal salvaje.

No bien había aceptado encabezar la revolución, cuando el gobierno despachó a una fuerza poderosa sobre Oaxaca, a las órdenes de los generales Ignacio Alatorre y Sóstenes Rocha, y al mismo tiempo Juárez auspició una contrarrevolución en contra de la administración local del general Félix Díaz, que era gobernador del estado de Oaxaca y respaldaba la rebelión contra Juárez bajo el liderazgo de su gran hermano.

En el norte, la lucha contra el gobierno la continuaban los generales Treviño, Naranjo, Donato Guerra y García de la Cadena, pero en Oaxaca los revolucionarios fueron apabullados por las fuerzas concentradas de repente por el gobierno.

Sólo existía una oportunidad de ganar en esas peligrosas condiciones. El 19 de noviembre de 1871, Díaz emitió desde su cuartel general en Huajuapán un llamado a las tropas del gobierno para unírsele y salvar al país de la anarquía y la corrupción, y así evitar el derramamiento de sangre de sus antiguos compañeros de armas. Nueve días después el general Alatorre emitió un contrallamado desde Acatlán, rogando a los soldados que apoyaran al gobierno. Debido a la tremenda presión de que fueron objeto, las tropas del gobierno decidieron respaldar a Juárez. Este giro inesperado que dieron los acontecimientos obligó a Díaz a modificar su plan de acción. Luego que no pudo convencer a los ejércitos de Alatorre y Rocha de que se le unieran, se dio cuenta que las fuerzas del gobierno se acercaban a Oaxaca, procedentes de Puebla, sin encontrar resistencia y que la contrarrevolución en esta última ciudad se volvía cada vez más fuerte. Era muy importante no permitir que lo capturaran y dejar sin líder a la revolución.

Luego de poner al general Luis Terán a cargo de las fuerzas revolucionarias en Oaxaca, Díaz salió rápido de Huajuapán, evitando a las tropas del general Rocha y enfiló hacia Veracruz. Lo perseguía muy de cerca una fuerza numerosa comandada por el general Rocha y para evitar una batalla inútil se desplazó de prisa por los estados de México, Puebla, Morelos, Hidalgo, Tlaxcala y Veracruz, en un intento por regresar a Oaxaca. Entretanto el general José Ceballos derrotó a 500 revolucionarios al mando de Matías Rosas y el 22 de diciembre el general Loaeza aplastó a la fuerza de Díaz encabezada por el general Terán en la sangrienta batalla de San Mateo Sindihui. Esto sofocó la rebelión en Oaxaca.

Con sus fuerzas ya dispersadas, el gobernador Félix Díaz se refugió en la selva de la costa del Pacífico. Los vientos adversos le impidieron escapar por mar y se escondió en las montañas. Una partida de indígenas de Tehuantepec, procedentes de Juchitán, lo capturó; primero lo torturaron, para después asesinarlo el 23 de enero de 1872, dejando su cuerpo mutilado al borde del camino.

En enero de 1872 Porfirio Díaz supo defenderse con 500 ó 600 hombres en Soyaltepec, en el norte de Oaxaca, cerca de los límites con Ve-

racruz, en tanto el general Alatorre concentraba infantería, caballería y artillería en su contra. En ese momento, el líder de la revolución estaba enfermo.

Al enterarse de los desastres acaecidos a sus seguidores en Oaxaca, Díaz se refugió en el corazón de la sierra de Zongolica cerca de Orizaba.

Díaz se perdió completamente de vista a tal grado que durante mucho tiempo lo dieron por muerto. De vez en cuando los periódicos gubernamentales se mofaban de los revolucionarios insistiendo en que su líder estaba muerto o se había retirado en forma permanente de la lucha. Esta etapa en la vida de Díaz se ha tratado siempre como un misterio insondable.

La verdad es que cuando el general reconoció que era inútil seguir luchando en el sur en tales circunstancias, decidió pasar subrepticamente entre las líneas enemigas, llegar al norte, donde sus seguidores estarían en mejor posición para mantener la revolución, y esfumarse en espera del momento psicológico preciso para atacar.

Por extraño que parezca, todos los biógrafos de Díaz no han hecho referencia a esta parte de su extraordinaria carrera, como si las adversidades de los grandes hombres del mundo no fuesen tan interesantes como sus victorias, y quizá más instructivas.

Díaz llegó en secreto a Veracruz, se dirigió a La Habana, siguió el viaje a Nueva Orleans, cruzó el continente hasta California y allí abordó un barco rumbo a Manzanillo, donde volvió a desembarcar en suelo mexicano.

Con una escolta de unos cien hombres a caballo, se puso en camino hacia el norte para visitar y organizar a las fuerzas revolucionarias de Chihuahua y Sonora. En el camino lo atacó una poderosa fuerza del gobierno enviada desde Guadalajara. Dispersaron a su escolta y lo persiguieron durante mucho tiempo. Sin embargo, de vez en cuando se colocaba su rifle Winchester al hombro y abatía a uno de sus perseguidores.

Disfrazado y acompañado por un solo criado, Díaz pasó de una escolta secreta a otra por el país hasta arribar al territorio de Tepic. Sus movimientos se protegieron con un cuidado tal que aun el general Mena, su devoto partidario, durante meses no pudo encontrar rastros

de su paradero y sólo al seguir la pista de escolta en escolta al fin pudo encontrarlo Mena.

El líder huyó a las montañas de Tepic, porque en esa parte del país el poderoso y gran bandido Lozada había quebrantado el poder del gobierno. Este notable forajido y sus seguidores indígenas habían intimidado a tal grado a los representantes del gobierno que, a veces, éstos no se atrevían a publicar las leyes en su dominio montañoso. Él incluso había dividido las tierras entre sus indígenas y para evitar cualquier intromisión había aprehendido a la pequeña fuerza de tropas gubernamentales. Al menos aquí Díaz estaría a salvo hasta que tuviera tiempo de prepararse para llevar su revolución a una culminación exitosa.

El general Díaz encontró un hogar en la casa del general Plácido Vega, quien había sido gobernador de Sinaloa y, luego de que Juárez lo mandara a comprar armas en California, fue enjuiciado por actos ilícitos y él mismo era un refugiado.

Los enemigos del presidente Díaz han insinuado que, de algún modo no especificado, él ayudó al aterrador Lozada a invadir uno de los estados mexicanos. Nada podía ser más absurdo. Lozada vio a Díaz varias veces, pero nunca supo quién era en realidad. Un día el general Vega presentó a Díaz con Lozada como un artesano de nombre Joaquín Iturbide. Esto ocurrió en el pequeño poblado de San Luis de Lozada, a una seis millas de la ciudad de Tepic. A partir de ese momento, en esa zona del país a Díaz lo conocieron como Joaquín Iturbide.

Mientras se ocultó de este modo de la persecución de sus enemigos, Díaz no estuvo ocioso. Poco después de su llegada al territorio de Lozada, un fundidor de bronce procedente de Sinaloa empezó a fundir una gran campana en el atrio de la iglesia de San Luis de Lozada. El jefe de los bandidos y el cura observaban la operación. Díaz estaba entre el montón de indígenas curiosos. En el momento en que iban a vaciar en el molde el metal de la campana, levantó la voz y advirtió a Lozada y al sacerdote que se apartaran, porque aquello podía explotar. Al oír esto el bandido le preguntó qué sabía del tema. El general disfrazado respondió que su oficio era fundidor de bronce. En realidad poseía experiencia porque había fundido cañones de bronce durante la Guerra de Reforma. Lozada

UNAM - IIH

inquirió si, en caso de que fallara la fundición, fabricaría la campana. Díaz asintió de inmediato. El vaciado resultó un fracaso, con lo cual el futuro presidente de México fundió la campana con sus propias manos. Pesó una tonelada y hoy día aún cuelga en la iglesia de San Luis de Lozada, como testimonio de su habilidad e inventiva. Después de esta proeza el pueblo del lugar lo conocía como “el maestro”.

Aunque a Díaz sólo lo conocían como fundidor de bronce y nadie sospechaba la vida de distinción, poder y emocionante aventura que había detrás del rostro fuerte, adusto de “Joaquín Iturbide”, algo en él, una especie de dignidad y autoridad apacible, le ganó el respeto de la gente que lo rodeaba y mucho tiempo después que desapareció del baluarte del bandido, aún se referían como “el maestro” al fundidor de bronce de amplio tórax, cabeza prominente y cautivadores ojos oscuros.

Durante este tiempo los revolucionarios del norte al mando del general Treviño fueron perseguidos por una fuerza superior de tropas del gobierno a las órdenes del general Rocha. El principal cuerpo de insurgentes finalmente se mantuvo firme en el cerro de La Bufa, cerca de Zacatecas, con el general Donato Guerra quien había renunciado al ejército regular para apoyar a Díaz. Aquí los revolucionarios sufrieron una derrota aplastante. Después de este desastre, los generales Treviño y Naranjo se replegaron al estado de Nuevo León, donde vencieron a una milicia del gobierno cerca de Monterrey.

A fines de junio de 1872, a Díaz lo localizaron sus amigos en las montañas de Tepic y sin demora se fue al estado de Chihuahua para ponerse al mando de las tropas revolucionarias reunidas allí por el general Guerra. De inmediato libró una batalla contra las fuerzas del gobierno comandadas por el general Terrazas por la posesión de la importante ciudad de Chihuahua y resultó triunfador. Pero el 18 de julio de 1872 lo sorprendió la noticia de la repentina muerte del presidente Juárez ocurrida en la ciudad de México.

Como la permanencia de Juárez en el poder fue la causa principal de la revolución, Díaz estaba dispuesto a deponer las armas y respaldar a Lerdo de Tejada, quien, como presidente de la Suprema Corte, era el sucesor constitucional de Juárez. En un principio, el general resintió

el tono condescendiente que adoptó el nuevo presidente al declarar la amnistía para los ciudadanos mexicanos que se habían levantado en armas. Convocó varias juntas con sus generales y dirigió una categórica protesta al presidente Lerdo. Durante algunas semanas pareció como si el orgullo de Díaz no le permitiría aceptar una amnistía que se reflejaba en su patriotismo; pero en aras de la paz por fin abandonó la lucha y reconoció sinceramente la validez del gobierno existente.

En la paz total que siguió, Lerdo fue elegido regularmente presidente de la república para el periodo que iniciaba el 1 de diciembre de 1872. Díaz volvió a su granja en Oaxaca, donde los agentes del gobierno lo observaban con sumo interés pues sabían que no lo habían vencido, sino que se había retirado de la lucha en forma voluntaria.